

Guillermo de Humboldt y el País Vasco

Al llegar aquí, y al hablar entre mis amigos del país vasco, pienso con emoción en el período de mi vida—¡cuántos años han pasado ya!— en el cual la gran figura de Humboldt dominaba y avasallaba mi espíritu, y se ponía en el centro de mis estudios. Iba yo mismo de sierra en sierra para ensanchar el horizonte de mis conocimientos y hacerme discípulo de la humanidad verdadera; trazaba yo, aun faltándome ciencia y experiencia, un cuadro de las relaciones espirituales de los pueblos; buscaba entre las disparidades de las lenguas y costumbres una unidad orgánica, tal vez imaginaria; vivía, soñaba, esbozaba mis primeras obras; y vagabundeando sin cansancio, cayendo aquí, levantándome allá, veía a mi lado la sombra del sabio de los sabios, espantado de mi pequeñez y de lo poco que alcanzaba mi limitada visión del mundo, tan lejana de la visión llena y completa de Humboldt.

Asombrábame esta entereza de carácter y de vida, la mirada tan clara y profunda, esta universalidad de conocimientos, y dominio seguro de un cosmos, esta fe en un desarrollo progresivo de la humanidad; el rayo de luz de su espíritu que alumbraba la historia, viviente al calor de sus investigaciones, la armonía soberana de todas sus facultades, que sorprendía al mismo Goethe, su exploración tan profunda de lo más íntimo de la civilización y de la vida de los pueblos, la calma del sabio salido de todos los laberintos de la duda, reclinado en sí mismo a pesar de la exploración tan constante y fecunda de su gran mundo, suavizando cada aspereza, con su temple tan dulce y la apacible melancolía del hombre elevado sobre el gran mar de las vanidades y dispuesto a la contemplación de lo eterno; este levantarse natural, instintivo de lo particular a lo general, de la realidad al símbolo, de lo finito a lo infinito; la virtud del gran psicólogo, que no desdeña los detalles de la vida,, al parecer más insignificantes para su estudio del alma y de la cultura y de las características que iba trazando, siempre buscando las analogías entre las fuerzas de la naturaleza y las del hombre, la

fisonomía moral de un país, y la de sus habitantes para crear una especie de cosmogonia, que nos pasma por su extensión y unidad, acostumbrados como estamos al fraccionamiento inevitable de nuestra ciencia.

No estaba aún Humboldt en la madurez de su ingenio, y no se había revelado todavía su vocación de lingüista y etnógrafo, cuando llegó aquí por primera vez, al privilegiado país vasco. Viajaba así, por simple curiosidad, para ver más tierra y más mundo, y conocer más gente y más costumbres. Ni un plan de estudio se había fijado en su mente; la flexibilidad y movilidad eran su naturaleza. Le precede su hermano Alejandro en su peregrinación hispánica; sigue sus huellas, observador atento y profundo, y genial «*dilettante*» de cada manifestación cultural; ve, apunta, describe; todo le sirve para su educación progresiva. Y desde luego nos sorprende la parte predominante que en su íntima vida, a la sazón de su desarrollo decisivo, toma el país vasco, que atraviesa como turista y luego como investigador atento y concienzudo. Hondamente se graban en su alma las primeras impresiones recibidas; no hay rincón de tierra que más le interese y más le atraiga que esta costa aislada del resto de España, dulcemente estrechada y protegida por sus montes, gozando de sus fueros antiguos y de sus privilegios; no hay problema que más le preocupe y más le absorba que esta lengua, que aquí se hablaba, pura aún al parecer, y no alterada, hija del vasco antiguo, única y preciosa reliquia del ibérico desaparecido, extendido por varias provincias, y dominante en los tiempos de nuestra historia primitiva. De aquí han salido los rayos de luz más encendidos para otros centros más dilatados de investigación y de vida. Aquí, verdaderamente, la originalidad del genio de Humboldt empieza a manifestarse; aquí se consolida y fortalece su prodigiosa actividad; en el país vasco halló Humboldt por un decreto de la Providencia, la misión a que estaba destinado, y el primer hogar productivo de su estudio.

Como olas que traen detrás de sí otras olas que se dilatan por el mar infinito, la primera y rápida visión de esta tierra, despierta y mueve la visión de un mundo entero, un universo sin límites, que nunca se acaba de explorar. En esta nueva vida del espíritu tenía su parte el corazón; la llama interior es la que más alumbra el campo de nuestras investigaciones; de la intimidad de su ser salía este amor particular para esta tierra tan lejana de su patria; nada le dejaba indiferente aquí; a todo se aficiona: el paisaje, la cultura, el idioma, la raza, el pasado de este pueblo, su porvenir, todo tiene interés para él, y todo es argumento de meditación y de estudio.

Al acabar el verano de 1799, yendo desde Bayona a Madrid, atraviesa el país vasco, como lo atravesaba la mayoría de los viajeros, en su parte menos característica; y luego le sorprende la singularidad de esta tierra: y cuando caen las brumas del otoño, hace, en una larga carta a Goethe, su primera descripción, que no desmienten las pinturas más vivas y más acertadas, de los cuadros que trazará posteriormente. Pocos rasgos, que ya concentran su juicio; observaciones rápidas, ya fijadas como directivas de un estudio psicológico, que nadie hasta entonces había emprendido. No hay otro pueblo, decía el poeta del primer «Faust», que tenga un carácter tan profundamente nacional como el pueblo vasco, ninguno que haya conservado su fisonomía original con relieve tan puro y tan marcado. Por su serenidad, por la ligereza y agilidad de su presencia, enseguida reconocéis al vasco. Y notaréis aquí la falta de astucia y de grosera especulación, el más dichoso acorde de un fino espíritu y de un sentimiento justo y recto, cierta jovialidad natural, un atrevimiento que no es animosidad ni fuerza extremada, energía, sin tumulto de pasión; una cara alegre en hombres y mujeres, con rasgos finos y expresivos.

*
* *

Nunca pudo desaparecer esta simpatía tan profunda. Y sin embargo se necesitaban otros viajes para profundizar el juicio. Fué un vuelo rápido la primera visita de Humboldt al país vasco, hecha con su mujer Carolina, sus dos hijos, y el pintor Gropius; al salir de España, volviendo a París, en Abril de 1800, algo nuevo se había despertado en la conciencia del sabio: el reconocimiento de su inclinación natural al estudio de las lenguas, fundado en el estudio del carácter y del alma de los pueblos, y la determinación de seguir desde entonces ese impulso interior, concentrando sus fuerzas, enderezándolas a un fin, sin vacilaciones. Le servirá el vascuence como fundamento de sus estudios. El faro de la nueva luz deseada surgirá de aquí. Necesariamente debía investigarse el vascuence para llegar a las primeras fuentes de las lenguas de Europa. Escaseaban los conocimientos; nadie se atrevía aun a interrogar a la esfinge de las lenguas primitivas; faltaban libros, documentos. Debía escucharse el vasco hablado por los indígenas. ¡Ojalá se presentara una ocasión para hacer otro viaje a este hogar bendito de la prehistoria y etnografía, beber en las fuentes vivas del idioma, mezclarse con el pueblo de su predilección, aspirar con él el mismo aire! Se le ocurre a un amigo, Guillermo Bokelmann salir hacia España, en Abril de 1801; y Humboldt sale con él, despidiéndose improvisadamente

de los suyos, huyendo adonde más le impulsa su deseo; y realiza su peregrinación científica definitiva entre los vascos; pocos meses de labor intensa, llevado de costa en costa, de aldea en aldea con la más amorosa participación en cada fenómeno de vida, enlazándolo todo: lengua, historia, costumbres, naturaleza, en su visión perspicaz y entera, siguiendo en sus paseos un plan determinado, buscando por do quiera los tan suspirados vestigios de la antigua historia y civilización ibérica, las tradiciones remotas, los cantos populares, las expresiones más vivas y duraderas de la nacionalidad de los vascos.

Lo que por su campo limitado de investigación hace hoy día el filólogo más concienzudo, yendo de pueblo en pueblo para oír la voz viva, que luego anota y examina, y persigue en sus variaciones, ya lo hacía hace más de un siglo ese gran padre de la lingüística moderna, viajando como se viajaba entonces, algo patriarcalmente, desafiando todas las incomodidades, avanzando en aquella especie de cajón gótico que llamaban coche de colleras, observando más a menudo y más despacio lo que febrilmente y con la fuga tan rápida de nuestros vagones observamos nosotros; y siempre fijándose en todo, curioso de todo, jamás cansado de ver y descubrir, llevando al estudio de la lengua el estudio y la exploración de un cosmos entero. Esta unión espiritual en el gran conjunto de las manifestaciones de la vida nunca se aparta de su mente, y es como llama vital de todos sus ensayos y estudios.

Pensaba aprovecharse del tesoro de sus observaciones para un libro extenso de viaje como guía y auxilio al estudio extenso de la lengua de los vascos; también hubiera añadido la parte relativa a la España del centro y del mediodía esbozada en un diario particular, al cual su mujer inteligentísima añadía sus apuntes sobre la pintura y el arte. Una obra muy vasta, la descripción viviente de la individualidad verdadera de una nación de la cual un solo fragmento, el relativo al Montserrat en Cataluña, llegó a acabarse. No se realizó por desdicha; mil otros intereses, otras peregrinaciones, las cargas tan pesadas que hubo de aceptar, debían distraer al gran sabio, y así hubo de naufragar su plan primitivo; quedamos con pocas reliquias de sus observaciones y pensamientos; el ensayo o esbozo sobre el país vasco; los trabajos lingüísticos, las correcciones y adiciones al Mitridates de Adelung sobre la lengua vascongada; el examen de las investigaciones que por medio del idioma vascongado se hicieron sobre los primitivos moradores de España, precioso libro no salido hasta 1821, y del cual podemos celebrar hoy día el glorioso centenario.

Sobre estos estudios y sobre las cartas de Humboldt a sus amigos de Alemania, a Wolf, Jacobi, Goethe, Schiller, Lotte Schiller, Schlabrendorf, Schweighäuser, fúndase mi estudio juvenil: «*Guillaume de Humboldt, et l'Espagne*», con sus capítulos dedicados al país vasco, que algunos de mis amigos de aquí tal vez recuerdan y que llenaba un período de mi vida y expresaba mi ideal de entonces, dando forma a los sueños y devaneos de mi pobre imaginación. En época más reciente se ha añadido el «Diario del Viaje en el País Vasco» que yo había buscado en vano, y que Leitzmann publica en un tomo de las obras completas de Humboldt, fiel espejo de la peregrinación realizada, no de tan gran novedad como yo pensaba, puesto que la mayor parte de estas notas se transfundieron, con elaboración meditada en el ensayo «Die Vasken» que el autor mismo dió a luz.

A la visión directa del país que se estudia en su vida más íntima no pueden substituirse los libros y las informaciones ajenas por abundantes y exactas que aparezcan. Claro está que sin proveerse de estudios y guías, y sin examinar las obras de otros sabios, las relaciones de otros viajeros, no hubiera movido tan seguro sus pasos Humboldt en la tierra de los vascos. Y nunca tomaba sus apuntes al azar ni con descuido, ni sin atenta ponderación. Así como conocía la «Geografía de Vizcaya» de José Joaquín de Landazuri, hubo también de consultar con frecuencia la «Notitia utriusque Vasconiae» de Oihenart, y de seguro la colección de proverbios del mismo Oihenart, que publicó más tarde Francisque Michel; otras colecciones y crónicas, las «Investigaciones históricas de las antigüedades de Navarra» de Moret; ciertas Memorias sobre la guerra entre Francia y España, un ensayo de la Nobleza de los Vascos, los viajes de Fischer, de Bourgoing, de Dillon, y libros antiguos como el *Guero* de Axular y los que debía a la amabilidad de sus amigos del País Vasco.

En estos amigos hallaba el sabio como una resonancia de su propio interior, el trato más afable, la participación más íntima en las investigaciones; hombres humildes, curas de almas en gran parte, trabajadores. incansables, patriotas ardientes, que vivían en las entrañas mismas de su país adorado. ¿Cómo no recordarlos dignamente hoy, inseparables como están del estudio de reconstrucción y vivificación llevado a cabo por Humboldt mismo? Indudablemente las ideas de Humboldt sobre la difusión y el origen del vascuence y el estado de la antigua cultura eran ya ventiladas por esclarecidos ingenios de esta tierra antes que llegara el sabio genial, y ya se habían llenado arsenales de noticias, coleccionado infinitas memorias, recogido un sin número de

reliquias y documentos; y estaban en boga aquí las investigaciones etimológicas favorecidas por Humboldt. Faltaba una mente superior capaz de organizar y ordenar haciendo converger todo a un gran centro de luz: y sobrevino en buen hora este gran maestro del individualismo moderno y creador de la lingüística verdadera. ¡Cuántas veces vuela el recuerdo de Humboldt a su primer guía y cicerone, Lorenzo de Prestamero, presbítero de Vitoria, tan aficionado al estudio de las antigüedades de su patria, paciente y perseverantísimo coleccionador de inscripciones antiguas y modernas, cuyos volúmenes vió Humboldt! ¡cómo debió servirse de sus etimologías no siempre fantásticas, y de su «Diccionario histórico y geográfico»! No había rincón o piedra de Alava que no conociera este sabio. En Marquina hubo de encontrarse Humboldt con Juan Antonio Moguel y Urquiza, gran trabajador: «uno de los lingüistas más doctos de Vizcaya» le llama Humboldt; que sepultó sus investigaciones más asíduas en no sé cuantos tomos en folio que las Academias conservan: aquí en Bilbao se imprimieron tan silo, hace más de medio siglo, las «Cartas y disertaciones sobre la lengua vascongada», contemporáneas puede decirse del segundo viaje de Humboldt; y tal vez se encuentren también aquí los antiguos cantos nacionales vascos, coleccionados y estudiados por Moguel, y generosamente ofrecidos al sabio alemán para sus estudios. En Marquina también fué hospedado Humboldt por D. Pedro Valentín de Mugartegui; y en su casa pudo examinar los cuadernos de la antigua «Crónica» escrita por Juan Iñiguez de Iburgüen, actualmente discutida por mi excelente amigo D. Julio de Urquijo. Nunca debió olvidar Humboldt los paseos en los alrededores de Durango con el autor de la célebre «Apología de la lengua vascongada» D. Pedro Astarloa. Aún muy adelantado el siglo XIX, según me comunicaba Wentworth Webster, tan amigo de vosotros, la memoria de las relaciones entre Astarloa y Humboldt era muy viva en esta tierra. Al salir Humboldt de aquí, el sabio de Durango acababa su «Diccionario del idioma» y el «Diccionario de apellidos y arte extensa». De su obra manuscrita «Plan de lengua, o Gramática Vascongada», Humboldt tomó largos extractos. Silo en parte se han publicado aquí en Bilbao hace unos 30 años los Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva». No eran tan cordiales las relaciones con Erro, el autor del «Alfabeto de la lengua primitiva» a quien pasaron los manuscritos de Astarloa después de su muerte.

Otros sabios ilustres y humildes. ciudadanos vascos a quienes Humboldt había conocido, tienen menos importancia en su vida. En una carta al médico Ducos en St. Jean de Luz, Humboldt recuerda

a Larralde y a sus hijas, al padre Laquero, al celebre cantante Garat. En Alava se encuentra con el Marqués de Montehermoso. Visita en su solar de Zarauz a D. Fausto Corral; hallase en Guetaria con el Alcalde, quien le confía un índice de Hijos ilustres, de su país. El administrador del conde de Peñafloreda, D. Manuel de Vicuña, figura algo grotesca, le cuenta una larga historia de sus tragedias. Visita en Itxatzu al cura Harambillet, ya cargado de años, que con su criada entonaba con pasión las antiguas canciones vascas, sagradas y profanas, que iba recogiendo.

Buscando aquí con el empeño y ardor que revela la nueva Sociedad, no dudo que se descubrirán cartas escritas por Humboldt a sus amigos del país vasco, cartas que han escapado a mis investigaciones; y tendremos así más luz sobre la colaboración, tan inteligente, tan activa y perseverante, que los vascos que adoraban a su país prestaron a la obra de Humboldt que hoy celebramos.

*
* *

No es de extrañar el interés que Humboldt tenía por la naturaleza, el paisaje, el clima y la vegetación del país que estudiaba en su manifestación de vida más íntima; el lenguaje. Algo de las ideas y de las teorías de Herder sobre la influencia del clima, sobre el carácter de los habitantes y el desarrollo de la raza, había pasado a Humboldt, salido él también, como los clásicos de su patria, del cenáculo de los románticos. Todo influye, todo se estrecha y enlaza en la vida del hombre. Hay como una armonía secreta entre la naturaleza y nuestra vida interior. A la fisonomía particular de un pueblo corresponde un aspecto particular del suelo donde creció, y es así como las fuerzas físicas, si bien nunca predominantes, influyen con las fuerzas morales en el desarrollo de una nación.

Viajaba Humboldt con su plan científico determinado, pero gozaba íntimamente de la naturaleza; el historiador y el filósofo armonizan con el estético y el hombre de sentimiento fino y tierno; se abandona a cada fiesta de luz y de color; característico era para él el paisaje como característica era la lengua. Un espectáculo sencillo alcanza para el historiador del alma una significación profunda; lo particular se levanta a la esfera de lo universal. La movilidad perpetua del alma la veía Humboldt reflejada en la agitación perpetua del mar; olas del mar y olas de la vida; la montaña que levanta su masa enorme es símbolo de inercia, de lo rígido e inmutable. Entre montaña y mar desarróllase la vida perenne del organismo, la vida que persiste y florece aún en medio de la devastación y de las ruinas. La aspereza de los altos Pirineos

desaparecía al llegar al país vasco, y la imagen nueva de la naturaleza era para Humboldt la imagen viviente de su predilecto pueblo vasco. Hermosura y grandeza templada de un país que pierde su aspecto salvaje y violento, para extenderse en playas, y costas y valles y montes, en oportuna y suave alternación. Ninguna austeridad que oprima; desaparece la tristeza y gravedad, en el variar continuo del paisaje y la lozanía y frescura de una tierra alegre, llena de encantos, que Dios bendijo. Y así como esta tierra, en contraste con la gravedad fría del Norte de Europa, es también el carácter y el aspecto de sus moradores, fuertes, pero suavizados en el trato, con algo de la vivacidad y alegría que comunmente encontramos en los meridionales. La amenidad y fertilidad de una tierra cultivada con amor y gran cuidado por doquiera, habían sorprendido desde luego a Humboldt, que encontraba aquí como una imagen más dulce del paisaje suizo que había contemplado diez años atrás; y como predomina el aspecto montañoso aún siendo fértil, delicioso y lleno de verdor, el país vasco se distingue de la tierra de Valencia y de Holanda, y tiene su carácter particular que nunca se pierde.

A veces la emoción del viajero al contemplar tanta hermosura de paisaje, los milagros de la naturaleza, llega hasta el entusiasmo; admira, y del corazón se le exhala la palabra «divino». Una divina vista del mar le sorprende en los románticos parajes de Ondárroa; divino es el valle cerca de Marquina; divino llama un paseo cerca de Somorrostro, detrás de Olabeaga. Y siempre para el placer de la vista en este país privilegiado, montañas y valles dulcemente se alternan. Son raras las peñas nudas y áridas, la naturaleza aquí aborrece a los esqueletos, y siempre se viste de verdor, siempre refleja la sonrisa del cielo, siempre anima a sus habitantes para que cultiven la tierra de sus padres y fertilicen cada rincón abandonado, y surquen con aguas corrientes los campos y prados. En Azpeitia, Azcoitia, Oñate y Mondragón, más que en otras regiones halla Humboldt adelantada la agricultura. Arroyos y torrentes, llanuras y florestas, el roble blanco de Ametza, el roble secular de Guernica, las villas, las alegres casa de campo, todo le encanta. Describe las casas solariegas el Munibe de Peñaflovida, como la «abelechea» particular a los Vascos, las ermitas solitarias y las villas bulliciosas.

Aquí en Bilbao, Humboldt hallaba una población más desagradable y menos literatura que en Vitoria: pasea deleitándose por la Altamira, y contempla la villa que reposa ceñida de su corona de montañas y colinas, y la fértil y verde llanura que delante se extiende. Son rápidas,

apenas esbozadas las descripciones de las poblaciones de importancia, que, sin embargo, no le ofrecían el encanto y el sosiego de los centros pequeños y de las aldeas. Su alma abierta a un mudo tan vasto, era en el fondo idílica, y más gozaba, más se alegraba con los espectáculos íntimos y serenos que con lo grandioso; majestuoso y soberbio. Además donde no llegaba el tumulto de los hombres, no se ofendía y perjudicaba la naturaleza, y la vida corría más espontánea y libre; no se alteraban las costumbres; no llegaban los extranjeros; la fisonomía nacional quedaba en su pureza y limpieza, y conservaba la lengua con su fuerza y vigor, su originalidad primitiva. Puede concentrarse el espíritu aquí; óyese más fuerte y cercana la voz divina. Humboldt halla aquí también su Montserrat ideal, las alturas solitarias donde el alma, aislándose se fortalece; sube a la ermita en la isla de San Antón, visita a los Carmelitas cerca de Somorrostro, y a San Sebastián; ve hundirse el sol, luchando con las nubes, en la melancólica soledad de Ispaster. En general son los aspectos románticos, e idílicos los que más le atraen y los que con preferencia describe; así siempre con íntima emoción, vemos recordadas en las rápidas páginas de su diario, las hermosas playas de Ibaizábal con sus pintorescas colinas, el valle de Orio y los bosques que le rodean, la amenísima y romántica región desde Zarauz hasta Guetaria, Ondárroa, Guernica, la costa deliciosa de Bermeo a Mundaca. Donde sonrío la naturaleza, el corazón se ensancha. Villas, solares y campos, todo respira el bienestar y la fertilidad; todo indica una vida robusta, corriente, con la clemencia y los favores del cielo, siempre varia, siempre activa, en contraste singular con la monotonía de la naturaleza y la pereza de los habitantes en otras regiones de España que Humboldt había visitado.

*
* *

Como cultivan su tierra, con tierno amor cultivan también los vascos su lengua, celosos por extremo de su antigüedad como de su pureza y hermosura. Con su fervor de investigación, con la persuasión de que nunca se logra profundizar el estudio de una lengua, si no la oímos de los labios de los indígenas, convencido también de que en la lengua se imprime la individualidad del hombre, de que la lengua, reflejo espiritual de la vida de una nación, órgano de la vida interior, alma verdadera de un pueblo, nos lleva a lo más profundo y oculto de la humanidad, Humboldt llega entre los vascos. Es indudable que hablaba el vascuence aquí en esta tierra, y que en poco tiempo, desde los primeros ensayos en París con el auxilio de un pequeño diccionario vasco-

español que se había compuesto él mismo a semejanza del diccionario de Larramendi, y sus primeras lecturas de libros vascos, había adelantado singularmente, Maravillábase de la sencillez y del laconismo del vascuence, como de su originalidad, debida a su fuerza de aglutinación. Todo el vigor de un pueblo lo encontraba en esta lengua; y, sin duda, si hubiese salido el vascuence del dominio del pueblo hubiera perdido su energía y riqueza; para preservarle de alteraciones lastimosas convenía perfectamente el carácter de los vascos, hombres de más sano entendimiento que de cultura científica, de un sentimiento vivo y ferviente y faltos de refinada sentimentalidad.

Cierto que poco se preocupaba Humboldt de averiguar dónde más puro y mejor se hablaba el vasco, si en Marquina o en Durango, en Guipúzcoa o en Vizcaya, y seguía su peregrinación científica escuchando y meditando el idioma viviente y enlazando otros estudios sobre el país y la nación, las poblaciones de la España antigua, las huellas que los Iberos en largos siglos de vida debían haber dejado en la Península. Cuanto más se ensanchaba su campo de estudio, tanto más arduos se hacían los problemas que debían resolverse, por ser tanta la escasez de noticias sobre la religión primitiva de los vascos y sus más antiguas costumbres. Una descripción muy detenida de los vascos, como resultaba de su viaje, tan corto y limitado por desdicha, como la prometía Humboldt a Federico Schlegel, aún en 1812, en un escrito que ya contiene las ideas fundamentales de aquel sabio sobre la ciencia del lenguaje, genialmente desarrolladas en seguida en el gran prefacio sobre la lengua de «Kavi» hubiera resuelto tal vez la duda de si los vascos formaban en su origen un pueblo aparte o si vivían asociados a una tribu más extendida. Necesariamente había que adelantar entre espinas, con prudencia infinita, y las dudas y preguntas se hacían cada vez más temibles- y formidables.

¿Quiénes eran, pues, los habitantes primitivos de España? ¿Dónde habían llegado? ¿Cómo se mezclaron con otros pueblos? ¿En qué conexión están con las poblaciones originarias de Francia y de Italia? El problema céltico, nunca resuelto, complicaba además el gran problema ibérico; y se iban descubriendo, con escaso provecho, las analogías del vascuence con el griego, el etrusco, el gaélico y kímrico, el hebraico, el húngaro, las lenguas de Africa. Entre oscilaciones y dudas, después de su viaje de exploración por esta tierra, en su estancia en Roma, donde la lingüística cedía a veces al encanto de la lectura de Homero y de Demóstenes, aprovechándose cuando podía de los estudios de sus compañeros y amigos vascófilos, como de la «Apología»

de Astarloa, siguiendo durante años y años su método fundamental, después de las «Correcciones y Adiciones» al «Mithridates» acaba y publica finalmente la famosa «Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der Vaskischen Sprache», cuyo centenario de vida celebramos hoy en el corazón de la «Sociedad de Estudios Vascos» con mi modesto recuerdo a su genial autor.

El hilo conductor a la etnografía de España y del Sudoeste de Europa véale Humboldt en la nomenclatura geográfica de los Pirineos, que ofrecía un mismo fondo ibero-euskaro. Y toda la atrevida teoría ibérica humboldtiana—que ya, como advertimos, tiene sus precedentes en ideas análogas expuestas por eminentes sabios del País Vasco—se deriva del análisis paciente de los nombres de las montañas, de las peñas, de los ríos, de los valles, de las aldeas, de las familias, y presupone una conservación pura e intacta de la lengua vasca a través de los siglos, la invariabilidad de las raíces de muchos antiguos nombres de lugar y de personas. Esa conservación milagrosa, como lo infalible del estudio y del método etimológico, apenas nos convencen; hay algo y mucho de fantástico en esta adivinación de una prehistoria tan complicada y obscurísima; y se comprenden los ataques de Vinson y de otros adversarios. Pero la segura fe del genial lingüista nos conmueve. ¡Con qué empeño y ardor seguía, ya en sus notas de viaje, las supuestas etimologías de los nombres de montaña, como de Adarra, Aldaz, Anduz, Arno, Izarraiz, Asterrica! ¡Cómo apunta escrupulosamente en Guetaria y en otros lugares las inscripciones, que luego, con igual sentido, estudiará e interpretará Hübner!

Como siempre, el estudio minucioso de los detalles lleva a Humboldt de grado en grado a consideraciones generales. Un país llega a ser símbolo del universo. Así debía admitir Humboldt una extensión desmesurada de los Iberos antiguos fuera de España. El vasco debía extenderse en toda la Galia de Aquitania, tal vez al mediodía de la Galia también, y a las tres islas del Mediterráneo, Cerdeña, Córcega y Sicilia, y hasta a una parte de la península itálica. Debía ser el vasco la lengua de la Iberia antigua. Resultaba ser el vasco, por lo tanto, la más antigua de las lenguas de Europa, y el pueblo vasco el representante lingüístico más antiguo de las poblaciones, primitivas de la Iberia precéltica, anterior a las primeras inmigraciones de los arios.

Teoría expuesta con atrevimiento genial que imprime, sin duda, un adelanto a la ciencia, sin resolver los problemas planteados. Pero no sé si en el campo de nuestros estudios ibéricos, después de tan trabajoso estudio del organismo interior de la lengua, como lo ha prac-

ticado Schuchardt en un sinnúmero de ensayos, hemos variado sensiblemente el resultado de las investigaciones de Humboldt, las ideas fundamentales de Humboldt acerca del iberismo, son al fin y al cabo, las ideas corrientes entre los lingüistas de nuestra fecunda edad; y pasarán siglos tal vez sin que el problema ibérico llegue a su solución definitiva.

No pierde por eso su importancia el hecho de haber escogido Humboldt el vasco como su primer campo de profunda investigación, el vasco al que alaba como una de las lenguas de más perfecta formación, sorprendente por su vigor, la estructura de sus palabras, la brevedad y la osadía de la expresión. De ese primer ensayo se han derivado los estudios de Humboldt más extensos y profundos sobre la lingüística comparada y la filosofía de las lenguas. De este primer centro de actividad irradia una luz serena y fuerte en las profundidades más escondidas de la ciencia humana; preludia con la «Prüfung» de la lengua vascongada la ascensión espiritual progresiva del sabio que se acabará con el estudio de las lenguas oceánicas y las genialísimas investigaciones sobre el «Kavi». La ciencia de la lengua llega a ser la historia filosófica de la humanidad. Y comprendemos así la obstinación de Humboldt en derivar del gran conjunto de sus exploraciones, lo que más debe importar para nuestro conocimiento; la característica interior del hombre, y comprendemos también su afinidad con Kant, que resulta particularmente del admirable trabajo, «Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts». Decía yo en mi antiguo libro: «En fouillant dans le labyrinthe de l'âme humaine, en sondant l'origine, les sources, l'essence mystérieuse du langage, en faisant triompher partout la liberté individuelle, en exigeant que l'individu pousse son avancement moral et intellectuel aussi loin que possible, en déterminant le point de contact entre la philosophie du langage et la philosophie de l'histoire, Humboldt s'est rapproché de Kant; il s'est inspiré comme Schiller de l'esprit du grand philosophe de Königsberg, tout en restant un penseur indépendant; il a manifesté les mêmes principes que le philosophe, qui savait, comme dit Humboldt, «promener la philosophie dans les profondeurs de l'âme humaine».

*
* *

El alma, el hombre, eso es lo que más atrae a este solitario escudriñador del laberinto de las lenguas humanas. El hombre es la mina inagotable, donde trabaja y excava sin cansancio. Aquí, en el País Vasco,

ya en su primera excursión rapidísima, hallaba fisonomías abiertas, despejadas, alegres, un vigor natural, cuerpos ágiles, animosos, un tipo de hombre, en fin, extremadamente simpático y de rasgos originales, Fuerza, salud y bienestar, que resultan de un trabajo continuo, con plena confianza en el porvenir. Llamaba Humboldt fundamento de la nación de los Vascos a esta alegría, a esta vivacidad, que no excluye la fineza y delicadeza del espíritu. La expresión severa de la pasión que se decía característica de los castellanos, falta aquí, como faltan en hombres y mujeres las cejas negras y fuertes. Como que es activo el vasco, no se abandona a la tristeza y melancolía; es fuerte sin ser grave, y logra desarrollarse con completa independencia. No era sólo Humboldt el que alababa la inteligencia, la cultura original e individual de las clases medias. La nobleza no desdeña al pueblo; vive con el pueblo, tiene más popularidad que en todas las otras provincias de España. Cultura, costumbres, gobierno, leyes, instituciones, fisonomía, como la lengua misma, todo indica una estirpe pura, sana y fuerte, aislada de otras estirpes.

Y bien se concibe que Humboldt, para llevar a cabo su estudio interior del lenguaje, considerase todo el complejo de la civilización de los vascos, y siguiese en cada país y aldea el movimiento cultural. recogiese por do quiera sus documentos originales, las canciones antiguas, los proverbios, las leyendas, todo lo que le parecía respiro, vida, sueño, poesía, alma del pueblo. Observa los bailes, y encuentra en cada lugar su danza particular, una afición para las danzas, que de día en día crecía; describe en el diario la «Toalladantza» en Azcoitia, la «Acheridantza» en Hernani, y luego otros bailes populares: la «Chipirituina», la «Carricadantza», un baile en las calles, el baile más nacional, la «Trokina», la antigua «Escuta-Dantza». Los curas protestan contra los bailes, y el pueblo sigue bailando con visible regocijo; un alcalde prohíbe a una hermosa muchacha, Manuela Galdona, cantar las estrofas de su canción del «Marinero»; que Humboldt transcribe; y Manuela canta, protestando: «Un cantar es para cantan».

Hombres de fantasía despierta, los vascos tienen y conciben y varían sus cuentos particulares y sus fábulas, que a veces recuerdan los «Märchen» de Hoffmann; Humboldt señala el cuento «de los duendes», el de Antonio sin miedo «Santon bildurbaycua», el cuento de «los imposibles», es decir la historia de la vida de los que no han nacido: oye en casa de Iturriaga la historia del «Tío» parecida a la alemana del «Rattenfänger von Hamel»; en otro lugar le cuentan una variante vasca de la historia de Hero y Leandro. Un fraile de Izaro, arrastrado por la pa-

sión y faltando a sus votos, acostumbraba a nadar de noche en dirección a Bermeo, guiándose por la luz de un farol; pero el diablo desorientado, apagó ese farol una noche y el pobre fraile se ahoga en las aguas.

Algunas notas se refieren a los vestidos del pueblo, y nombra una particular «basquiña» y «mantilla» de las mujeres, describe el traje antiguo de Durango, las «abarcas» especie de calzado, que se hacía en el «caserío» mismo, las cubiertas de los hombres que llamaban «chapinas», otros vestidos como la «longarina». Más le interesaba a Humboldt el cultivo de la tierra tan productiva y rica, trabajada por un pueblo perpetuamente activo y ágil, que no conocía cansancio y reposo, dueño de sus arados e instrumentos que Humboldt describe y ligeramente dibuja en el «Diario»; la «laya», la «nabasaia» y «esboza», la «area», la «escubaria», la «burdinaria».

Las rivalidades y contiendas eran raras; en ninguna parte como en el País Vasco se respetaba la propiedad ajena; el país gozaba de su Gobierno particular, de sus fueros y leyes. Humboldt observa cómo se componen las Juntas, cómo se celebran las reuniones en Alava, cómo obran los Gobernadores y alcaldes, cómo en los «caseríos» se observa la ley del Fuero, y en las villas la ley del Rey, cómo lidian las «Anteiglesias» con las «Villas», como funcionan los «corregidores». En todos vive y obra un espíritu de independencia; y la prosperidad que se encuentra aquí, el florecer del comercio y de la industria es fruto de este libre espíritu. Mentiras, disimulaciones, engaños habrá aquí menos que en otras partes; y como por lo común la mujer es firme y valiente, de aquí debe derivar, sin duda—con emoción lo apunta el grande hombre que tanto os quería—el que el sentimiento en España resulte más profundo y más cordial.

Gozan todos los vascos de una igualdad casi completa, y orgullosos están de los privilegios que tienen, de la antigüedad, de la gloria y de las memorias de su nación. Todos los que no se han educado en el extranjero participan de este sentimiento, de este orgullo, de esta gallardía legítima, que se transmite de una generación a otra y que se arraiga profundamente en el corazón. ¡Tan fuerte resuena aquí la voz divina! ¡Tan sencillo, profundo, natural y universal es el amor a su casa, a su país! Por esto Humboldt aconseja al gobierno español que procure atraerse el pueblo vasco, no desdeñarlo, porque quitarle su libertad, hubiera sido bajar y enflaquecer el sentimiento patriótico nacional. Hasta los nobles, hasta los que se educaron en colegios de fuera y que, o no sabían el vascuence, o lo habían olvidado, quieren a su patria con entusiasmo y orgullo; su nación es su misma vida. Y los ricos

también, los que tenían títulos nobiliarios en Castilla y empleos elevados conservan entera fidelidad a su país, y viven así íntimamente identificados con su pueblo.

*

* *

Así el País Vasco ha quedado como una tierra ideal en la imaginación y en el corazón de Humboldt. Corrieron los siglos con luchas sangrientas, estropeando las naciones, abatiendo los reinos e imperios, y el pueblo de los vascos ha seguido su suerte, sin vacilar ni caer nunca, conservando a través de tantas vicisitudes y de las alternativas de la historia, la ingenuidad y frescura y lozanía, la dicha y sonrisa de su infancia. Todas las comparaciones que Humboldt hacía entre los vascos y los otros pueblos de España resultan invariablemente a favor de los primeros, más alegres y activos que los castellanos, más finos, ágiles y nobles que los mismos catalanes, nunca traficantes y nunca corrompidos. El recuerdo del País Vasco despertaba en Humboldt el recuerdo de otra patria ideal suya, la Grecia. Dolíase, al realizar su excursión aquí, de la suerte que amenazaba a la lengua vasca por la incuria, dureza y mala voluntad del gobierno de España, y de que continuase despreciada y neciamente perseguida en las escuelas, de modo que pocos entonces osaban escribir en su lengua nativa, y no aparecía el vasco ni aún en las cartas. El vasco tanto más quiere a su lengua, decía el gran sabio, cuanto más la ve perseguida.

Desde que tuvo que trasladarse al Norte, retirado en el santuario de su conciencia, donde estriba la verdadera grandeza del hombre, miraba a este país lejano, a este pueblo noble y fuerte con un temblor del alma; y siempre consideró la primavera pasada a orillas del golfo de Vizcaya «an des Biscayischen Golfs einsam umflukten Küsten» como decían los dísticos a Bockelmann que acompañaban su ensayo «Die Vasken», como una de las más hermosas de su vida. Vivía con sus recuerdos, su «Sehnsucht» en el corazón, una llama que nunca debía apagarse. No quiso la suerte que volviese otra vez aquí. Pudiera derramar lágrimas, escribía a un amigo suyo de este país, por hallarme tan apartado de sus tierras deliciosas, por no oír más ese sublime ruido de las olas del mar, por no ver esas pendientes tan amenas que se extienden hacia el promontorio y esas cumbres de los Pirineos cubiertas de nieve».

Es un deber honrar la memoria del sabio que tanto os ha querido y tan profundamente os ha estudiado. Y no os extrañe que el hombre de una universalidad de saber tan pasmosa haya concentrado su cariño en esta tierra tan pequeña, convirtiéndola en el centro de todo un cos-

mos para él. Algo de esta universalidad y de este cariño por el País Vasco tiene su genial discípulo, y maestro nuestro, Hugo Schuchardt. Por lo común quien más ideas abarca más suele profundizar su estudio y trabajar en lo más íntimo. Creemos, pues, que la memoria de Humboldt no se perderá nunca en esta sagrada tierra, y quedará como consuelo y aliento saludable para nuestros estudios.

Febrero de 1922.

Arturo FARINELLI.